

Barona Vilar, Josep Lluís

Coordinador (2023).

Manual de Historia de la Medicina.

València: Tirant lo blanch

Pere Salas-Vives

El *Manual de Historia de la Medicina*, coordinado por el catedrático de historia de la ciencia de la Universidad de València Josep L. Barona, destaca por su originalidad en el planteamiento, los objetivos marcados e, incluso, por la pluralidad de sus autores.

Comencemos por este último aspecto. Si algo define a los veintitrés responsables de la obra es su dilatada experiencia en el campo de la historia de la ciencia y, más concretamente, de la sanidad y la medicina. Entre ellos, el propio coordinador, uno de los investigadores españoles de más prestigio en el estudio de la sanidad en época contemporánea, de la salud pública y de su institucionalización internacional. Barona, de formación médica, y uno de los discípulos aventajados del profesor José M. López Piñero, representa una forma de entender la medicina inseparable de su propio pasado como disciplina y de su dimensión social. Comparte formación con otros catorce autores del volumen, mientras el resto proceden de estudios diversos, como es la enfermería, la farmacia, la física, la antropología o la historia. En conjunto, esta amplia nómina permite enfoques diversos para lograr un objetivo común, sin perder la necesaria coherencia interna. Un hecho que se ve facilitado por el importante peso que ha tenido en la redacción el propio coordinador.

El manual que ahora comentamos ha sido definido más como una obra de referencia y de consulta que no un libro de texto académico para universitarios y profesionales de la medicina. En lo que se refiere a los contenidos, la propuesta incluye, además de los aspectos teórico-prácticos inherentes a la medicina y a sus principales figuras históricas, a otros protagonistas en el amplio campo de la sanidad, (enfermeras, boticarios, practicantes...), a los propios pacientes y sus formas asociativas o los discursos sociales y las relaciones de poder que genera el ejercicio de la sanidad. Por otra parte, el libro intenta ofrecer una visión alternativa al eurocentrismo médico y al progreso teleológico de la medicina. En este sentido, cobran mayor importancia de lo esperado las prácticas de salud procedentes del mundo extraeuropeo o no occidental, tales como la medicina india o china. A su vez, esto ha supuesto una disposición no cronológica de los contenidos del manual. De este modo, se refuerza la idea de que la medicina no ha experimentado un solo camino de progreso, desde prácticas arcaicas, chamánicas o telúricas y, en consecuencia, ineficaces, hasta el triunfo global de la medicina científica occidental. Al contrario, permite constatar que ha seguido vericuetos intransitables, callejones sin

salida o ha servido a intereses espurios que han obligado a desandar trayectos que parecían intocables. Por ejemplo, la cuestionada exclusividad dada a la causa próxima o inmediata de la enfermedad.

Para llegar a estos objetivos, el plan de la obra se dispone en once bloques, que a su vez se dividen en una serie de capítulos de autoría independiente. En el primero de estos grandes apartados, titulado "Orígenes", destaca la identificación del neolítico como el momento de la aparición de las epidemias. La causa habría que buscarla en la caída de los estándares nutricionales, en la propia aparición de la agricultura y, especialmente, de la ganadería, que provocó un incremento de la incidencia de las enfermedades zoonóticas. Un primer aviso de que no todo lo que se ha entendido como un avance de la humanidad (en este caso, el paso de sociedades nómadas de cazadores recolectores a sedentarias y urbanas de agricultores y ganaderos) ha sido positivo para la salubridad de las poblaciones. Aseveración que también es aplicable a los tiempos actuales, como el mismo Josep Ll. Barona afirma con relación al proceso de globalización, cuando "las enfermedades transmisibles son fruto de una crisis ecológica entre especies que cohabitan en un medio determinado, por eso se han incrementado las zoonosis". En contraposición, en el capítulo dedicado al Ticiotl, la medicina mexicana prehispánica, a cargo de Sandra Guevara, se concluye que se trata de "un sistema médico que permitió restaurar la salud de la población americana en épocas anteriores a la llegada de los europeos a México. Sus explicaciones basadas en la magia y la religión no la hacen una medicina arcaica o precientífica, ya que fue tanto un arte por saber hacer, como una ciencia, por saber". De hecho, la medicina occidental no pudo paliar la catástrofe demográfica que provocó la llegada de los europeos durante el siglo XVI. De todas formas, en el apartado firmado por el profesor de la universidad de Alicante, Josep Bernabeu, se otorga la relevancia debida a la transición demográfica y al proceso de modernización social y económica que protagonizaron las sociedades occidentales a partir del siglo XIX, después extendida al resto del mundo. Un proceso, eso sí, caracterizado por una gran desigualdad geográfica y en el que no están exentos los fracasos y los problemas de futuro. Tanto es así, que ahora es posible una mortalidad decreciente con una morbilidad creciente. Esta relación ambigua con el proceso de modernización, también se hace visible en el capítulo "Cultura, salud y enfermedad: una medicina plural" de Enrique Perdiguero y Josep M. Comelles, en el que se considera que la relación entre naturaleza, sociedad y cultura es un hecho estructural en todas las sociedades humanas e influye en el proceso de salud, enfermedad y atención y se da, "no solo en 'otras medicinas', sino también en la científico-experimental".

En el segundo bloque, titulado "Fundamentos" se analizan las bases de la medicina hipocrática y galénica, haciendo especial hincapié en la revolución que supuso alejar la medicina de los marcos mágico-religiosos, substituyéndolos por otros de carácter racional y empírico. Estos serían los "fundamentos" de la medicina occidental, aunque su nacimiento hubiera sido imposible sin el papel de puente que hizo el mundo griego con las culturas persas, indias e, incluso, chinas. Aun así, el camino a recorrer hasta la medicina actual ha sido enorme, como se desarrollará en los siguientes apartados.

En el tercero, del que se responsabiliza en su totalidad la Dra. Bertha M. Gutiérrez, titulado "Lenguajes", se analiza la pluralidad de puntos de vista de la medicina. Lo más interesante es que esta debe ser entendida como un encuentro entre la persona que trata de recuperar el bienestar perdido con otra a quien se otorga la capacidad de ayudarla, es decir, de sanarla. Esto no ha impedido la creación de un lenguaje profesional propio, como ha sido característico de los procesos de profesionalización occidentales. La autora detalla el origen de estos términos, que presentan todavía un predominio greco-latino, aunque en los últimos tiempos el inglés va avanzando a pasos agigantados. Una prueba más de la indisoluble unión entre poder político, cultura y ciencia.

En "Tradiciones y apropiaciones", integrado por diferentes capítulos firmados por el coordinador de la obra, se realiza una aproximación a la evolución de la medicina, en sus vertientes teóricas y prácticas, durante la época medieval y renacentista. Presentado en un formato cronológico convencional, no deja de sorprender que se dedique un apartado a la relación entre la medicina y el colonialismo, destacando las catástrofes demográficas que derivan de este proceso. Tan importante como esto es el control que intentaron los europeos hasta finales del siglo XVIII de las prácticas sanitarias indígenas, al tiempo que intentaban identificar los productos medicinales que les pudieran resultar de utilidad. Una relación que, por supuesto, reforzaba el dominio sobre las sociedades colonizadas.

En el capítulo inicial del bloque "Enfermos y enfermedades", María Isabel Porras-Gallo analiza las grandes epidemias de la humanidad, en especial la peste y la viruela. A continuación, Jorge Molero e Isabel Jiménez estudian la relación entre la clase obrera y la enfermedad, dando una gran importancia al contexto social y la creación de un entramado de discursos y prácticas desplegados y legitimados por el llamado biopoder. De hecho, fue en el contexto de la transición a la era bacteriológica, gracias a la eficiencia terapéutica alcanzada, cuando la medicina fue centrándose cada vez más en la causa próxima o inmediata, dejando de lado las cuestiones sociales y ambientales. Aun así, no debe obviarse, siguiendo lo expuesto en el tercer capítulo de este apartado, que durante las llamadas "Transiciones" ocurridas en el último cuarto del siglo XIX y primera mitad del XX, las sociedades de los países industrializados experimentaron una significativa bajada de la mortalidad y un aumento de la población, gracias a las mejoras en la higiene y a la microbiología. De todas formas, como se remarca en los capítulos siguientes (y a lo largo del conjunto de la obra), los éxitos llevan aparejados nuevos problemas de salud. Este es el sentido de la emergencia o reemergencia de toda una serie de enfermedades durante el siglo XX, casos de la gripe, el cáncer, el SIDA o los distintos coronavirus, producto de la expansión de la humanidad que ha supuesto la colonización de nuevos hábitats ecológicos y a poner en riesgo la coexistencia medioambiental. Por último, Juan A. Rodríguez hace evidente que las personas enfermas son, antes que pacientes y consumidoras, ciudadanos y ciudadanas con todos sus derechos inalienables. Es más, también deberían ser productoras de conocimiento.

En el apartado "Cuerpos", el hilo narrativo vuelve sobre sus propios pasos para analizar cómo se ha definido el cuerpo humano desde la Grecia clásica hasta nuestros días. Es

interesante comprobar la evolución de su conceptualización, ya sea como un microcosmos de una parte armónica del universo, una representación de la doble simiente masculina y femenina o formada por la dualidad entre materia y alma. También ha existido un cuerpo experimental, al menos desde las décadas centrales del ochocientos, capaz de proporcionar conocimientos esenciales para la medicina. Sin olvidar el cuerpo compuesto de tejidos, células, genes y moléculas, que sería la gran novedad de principios del siglo XX. Novedad que compartió en la misma época con el estudio de la parte inmaterial del cuerpo, presente desde antiguo, pero obviada por los teóricos de la medicina. El nacimiento de la psicología y la psiquiatría atestiguan este hecho. No por casualidad, se considera que estas disciplinas ahondarían aún más la consideración individual de la enfermedad, en detrimento de las causas sociales. Paradójicamente, en el último capítulo, Isabel Jiménez y Jorge Molero, destacan que el estudio científico del cuerpo ha reforzado las diferencias culturales, sociales e epistemológicas entre el hombre y la mujer. Así, una embriología marcada por el androcentrismo ha servido para justificar la subordinación del género femenino, considerado un cuerpo naturalmente distinto.

Uno de los apartados con un enfoque más novedoso es el que, bajo el título de "Métodos", trata de las bases en las que se han asentado los diferentes regímenes de salud y los fundamentos de la medicina. Desde la naturaleza sanadora, hasta la importancia dada a la mecánica, la química (en sus inicios la iatroquímica), el magnetismo, la frenología o la medicina experimental. En el capítulo firmado por el historiador Alfonso Zarzoso y el físico Josep Simon, se analiza la importancia del instrumental médico en la evolución de la práctica médica y, en particular, en la construcción de la disciplina actual. Una de sus conclusiones más interesantes es que "El proceso de construcción de esta nueva medicina, completamente mediatizada, supuso, a lo largo del siglo XX, una progresiva deshumanización de la práctica médica al transformar la dimensión humana de la relación entre el médico y el paciente. Impulsó también el proceso de especialización de la medicina alrededor de determinados instrumentos, registros instrumentales y técnicas."

El bloque octavo, titulado "Curar", se ocupa de la evolución de la terapéutica, en sus tres dimensiones: biológica, psíquica y social. En los dos capítulos a cargo de Francisco Javier Puerto: "Plantas y panaceas" y "Vacunas y sueros" se destaca la importancia de las medicinas o fármacos desde el *Corpus Hippocraticum*, aunque no sería hasta principios del siglo XIX cuando se produjo una verdadera revolución terapéutica, completada con la aparición de los trabajos de Pasteur y Koch. En este período, el impacto de la vacuna de Jenner fue crucial. Vacuna que también protagoniza el capítulo escrito por Rosa Ballester, dedicado a la Real Expedición Filantrópica, considerado el primer intento global de la lucha contra las epidemias. A continuación, el mismo Francisco J. Puerto analiza el paso de la oficina de farmacia a la industria farmacéutica y sus trascendentales repercusiones en el ámbito sanitario, social y económico. Quizás la argumentación más controvertida es que ha sido la forma como la propia industrialización ha intentado superar las externalidades negativas que iba provocando. Los dos siguientes capítulos tienen en común el estudio de los avances científico-técnicos que posibilitaron el desarrollo de la cirugía. Concretamente, el control del dolor gracias a la anestesia, el de

las infecciones (asepsia y antisepsia) y de las hemorragias, en las que juegan un papel fundamental las nuevas técnicas de trasfusión de sangre gracias a la hematología y a la hemoterapia. Unas técnicas no exentas de implicaciones sociales, morales e, incluso, religiosas.

Uno de los apartados de menor extensión, pero no menos importante, es el dedicado a los "Espacios de Sanación", habitualmente un aspecto obviado de la historia de medicina. Se analiza el papel histórico que han tenido los hospitales, considerados espacios de salud, práctica médica e innovación tecnológica. Junto a ellos, se da la debida importancia al propio domicilio (ya sea del médico o del paciente), que cuentan con una trayectoria mucho más dilatada en el tiempo que no los hospitales. Aun así, en la medicina actual, estos se han convertido en claves, no solo para entender las prácticas médicas y quirúrgicas actuales, sino también para la transmisión de conocimientos académicos y para los sistemas de salud nacionales, implementados básicamente a partir del final de la II Guerra Mundial, y parte esencial del Estado de bienestar.

"Profesionales" es el título del penúltimo bloque. Los trabajos de Carmel Ferragut, Rosa Ballester, M^a Eugenia Galiana y del propio Josep L. Barona, nos llevan a considerar como protagonistas de primer nivel a todos los oficios y profesiones que se han dedicado a la sanación, remarcando que desde la segunda mitad del siglo XIII se dispuso de una amplia gama de practicantes de la medicina. Aun así, los médicos en sentido estricto, conocidos primero como "físicos", se situaban jerárquicamente en un nivel superior. Además, desde la Ilustración reforzarían su preeminencia gracias a un proceso creciente de profesionalización gracias a su formación universitaria y, ahora también, a los nuevos espacios de socialización que representaban las Academias de Medicina. Solo los cirujanos serían capaces de integrarse en este selecto grupo, como ya era perceptible a finales del ochocientos. De todas formas, este proceso no ha significado la eliminación del resto de profesionales de la salud, caso de las enfermeras y matronas que, a su vez, han experimentado su propio proceso de institucionalización. Por otra parte, desde la aparición de la medicina clínica y la revolución quirúrgica a finales del XIX, el ejercicio de la medicina viene experimentando un proceso de especialización, que amenaza con romper la unidad de la disciplina e incide aún más en la despersonalización del paciente. Un proceso solo atenuado por la persistencia del médico de atención primaria.

El volumen culmina, de forma muy acertada, con un apartado dedicado a la "Salud Global". Acertada porque si algo ha puesto de manifiesto la reciente pandemia del Covid-19, ha sido la importancia de la coordinación internacional en materia de salud. Paradójicamente, los inicios de esta colaboración hay que buscarlos en las Conferencias Internacionales que se iniciaron en 1851, en respuesta, tanto a la nueva amenaza que suponía la llegada del cólera a Europa, como a la voluntad de salvaguardar los intereses de las grandes potencias en un momento de gran crecimiento del capitalismo comercial, tema tratado en dos capítulos por el propio Josep L. Barona y Josep Bernabeu, dos especialistas en la materia. Salud, economía y poder político vuelven a aparecer de forma intrincada, ahora con el añadido de la acción humanitaria, tema tratado por Jon Arrizabalaga. El análisis de la acción internacional culmina con la creación de la Organización Mundial

de la Salud después de la II Guerra Mundial, aspecto analizado por Marcos Cueto.

En definitiva, nos encontramos ante un manual de historia de la medicina diferente al que es habitual en el sector. La sola disposición de los capítulos nos remite a la posibilidad de una lectura por partes, que no pondera el final en detrimento del principio. Por otra parte, la obra respira un cierto y necesario enfoque "foucaultiano", incluso postmoderno. Así, la medicina y la enfermedad son considerados, también, constructos culturales e históricos, íntimamente relacionados con intereses económicos y los discursos de poder. Por este motivo, resulta de sumo interés la inclusión de una mirada desde abajo (los pacientes o la población en general) y desde los márgenes (las sociedades extraeuropeas). Esto no es óbice para que no se destaque la relación positiva que se ha dado (y se da) entre la bajada de la mortalidad y la ciencia moderna de raíz occidental. Ahora bien, tan importante como valorar estos hitos y, más concretamente, la eficiencia que acompañó el advenimiento de la bacteriología y la tecnificación posterior, es preciso no perder de vista los nuevos peligros que han acompañado este proceso. Entre ellos, la excesiva confianza en la farmacología y en la tecnificación terapéutica, en detrimento de otras aproximaciones sociales, ecológicas, globales y holísticas que tanta importancia tuvieron en un pasado no tan lejano.

En definitiva, llego a la conclusión que, en pleno siglo XXI y en un mundo aún sorprendido por la pandemia del Covid-19, que los problemas de salud no pueden abordarse únicamente desde la atención a la causa próxima, sino atendiendo a los contextos más amplios donde se inserta el individuo, algo que nos recuerda, salvando las distancias, el ambientalismo o la medicina social del siglo XIX. Igualmente, parece que no podemos desatender una imagen holística o integral de la enfermedad, como también fue propio del pasado o de otras medicinas no occidentales, ahora objeto de estudio de la psicología y la psiquiatría.